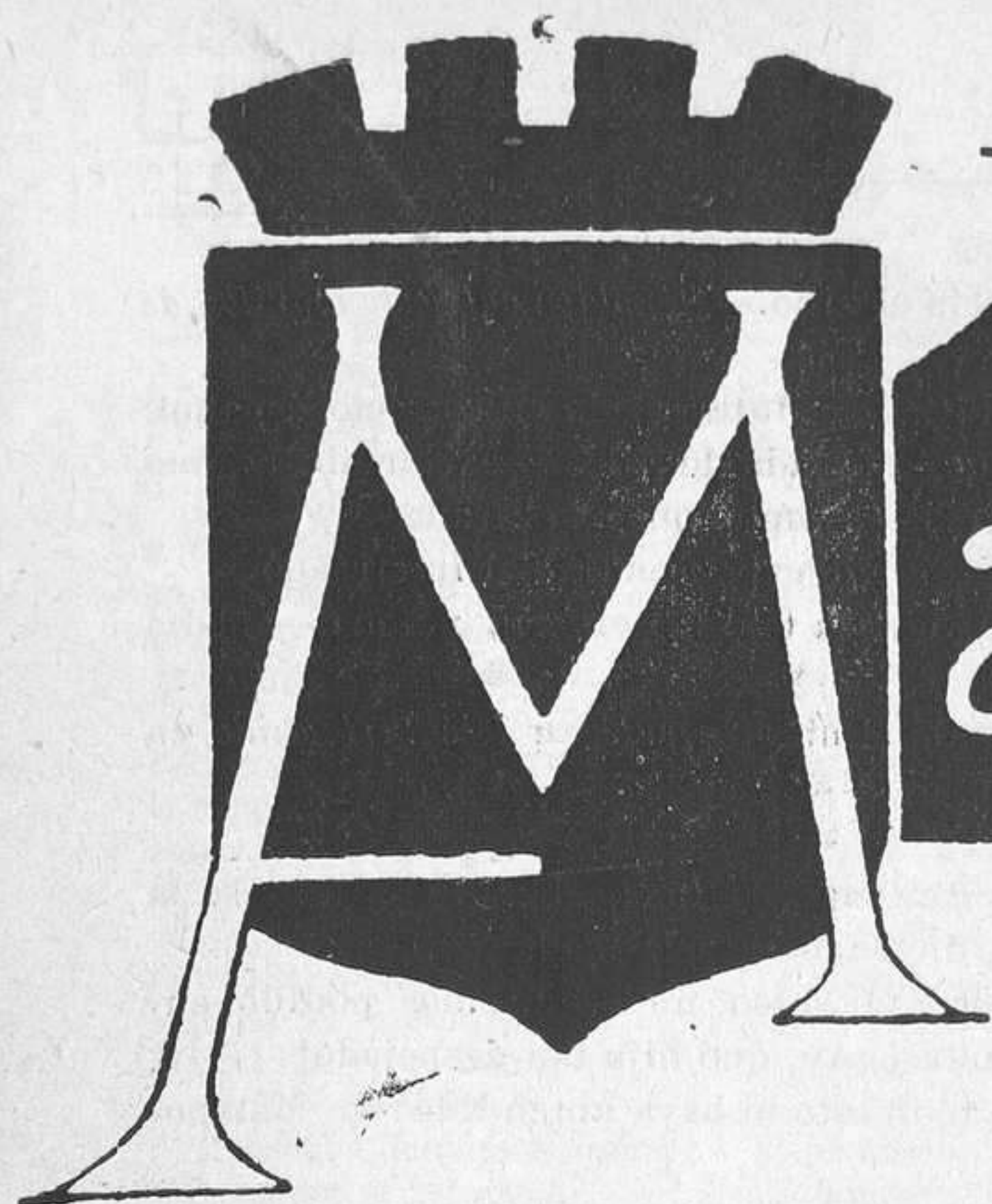




Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Constantino Gil.)



—Mi libro *Madrid riendo*
es gracioso y es bonito.
La prueba está... en que lo vendo
lo mismo que pan bendito.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Una familia con ruedas, por Juan Pérez Zúñiga.—Noches de estío, por Eduardo de Palacio.—Ladrón de lágrimas, por Luis de Ansorena.—Palique, por Clarín.—Á todo hay quien gane, por Sinesio Delgado.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Constantino Gil.—Inconveniencia (dos viñetas).—Los empréstitos (seis viñetas).—Los peligros del mar.—España cómica: Teruel, por Cilla.



Á pesar de que el dinero español pierde en Francia un 18 por ciento, casi todos los que veranean en San Sebastián, Zarauz, Deva, Fuenterrabía, etc., hacen viajecitos á Bayona para comprar, ora el sombrero, ora la pelerina, ya el paraguas, ya el impermeable.

Llega á tal punto la manía de traerse cosas del extranjero, que hay quien va á Bayona á comprar unas alpargatas ó un paquete de algodón para hacerse una toquilla. Entre lo que cuesta el viaje, el almuerzo y el cambio de moneda, viene á resultar que las alpargatas han costado cinco ó seis duros; pero ¿dónde me deja usted el gusto de poder decir: «Yo me surto de Francia; ahora vengo de Bayona, donde me he comprado este lápiz. Todo lo que yo uso es francés, hasta el aliento. Voy á echárselo á usted... ¿Á qué huele? ¿Á mostaza, verdad? Pues es mostaza francesa?»

Por las calles de Bayona vense numerosas caravanas de españoles que visitan las tiendas, se detienen ante todos los escaparates y se dejan los francos en poder de aquellos apreciables mercaderes.

—Mire usted, mire usted qué cosa más barata—se dicen los españoles unos á otros.—Un puchero de barro por franco y medio.

—¡Qué baratura! Cómprelo usted.

—¿Y cómo lo pasamos por la aduana?

—Que lo guarde su señora.

—¿Dónde?

—Ya sé—replica ella,—me lo ato á la cintura con una cinta y lo cuelgo debajo de las enaguas.

Y la desgraciada señora hace el viaje de vuelta con el puchero colgando á guisa de péndulo.

En Bayona abundan los judíos, que es una bendición. Todo el que va á Bayona se sorprende al ver tantas narices en forma de pico de loro y tantas barbas puntiagudas. Á cada paso cree uno tropezar en la calle con prestamistas, usureros, editores y demás gente terrible.

—¿Aquel que va allí no es D. Dimas?—pregunta uno.

—¿Qué D. Dimas?

—El que tiene casa de préstamos en la calle de la Garduña.

—No lo es, pero lo parece. Su misma cara de aguilucho, sus mismos ojos saltones, sus mismas uñas corvas...

—¡Huyamos!

Todos los comerciantes de Bayona hablan el español; pero nosotros los que visitamos la ciudad francesa queremos lucir nuestros conocimientos en el idioma de Víctor Hugo y nos producimos en francés.

Yo visitaba las tiendas en compañía de una señora que tiene un niño precoz, el cual niño ha estudiado el francés en Matapozuelos, y la mamá no cesaba de decirle:

—Anda, Nazarito, tú que sabes el francés, pregunta al comerciante cuánto cuesta esta toquilla de pelo de cabra.

—Bonchur, mosiú—decía el niño.—¿Combien coute cette toquille de pel de cabre?

—Cinco pesetas—contestaba el interpelado en correcto español.

—¿Han visto ustedes qué monada de chico?—exclamaba la madre dirigiéndose á nosotros.—¡Cómo domina el francés!

—Lo habla divinamente—agregaba una tía del interesado.

—Ahora dile si quiere dejar la toquilla en tres pesetas—añadía la madre.

—Mosiú—seguía diciendo el niño,—¿vulé vu lesé la toquille en troá pesete?

—No es posible.

La mamá, sin poderse contener, cogía la cabeza del niño y se la besaba con gorra y todo, diciendo entusiasmada:

—Si no llegamos á traer á mi chico, no hubiéramos podido entendernos con los franchutes. ¡Ay, qué hijo tan despejado!

—¡Parece mentira que todo esto lo haya aprendido en Matapozuelos!—dije yo.

—Pues ¿qué se ha creído usted? En Matapozuelos hay lo menos once personas que poseen el francés, porque tenemos allí un profesor muy bueno, que era gimnasta y se quedó cojo de una caída—contestó la madre.

—Lo mejor que tiene Nazarito es la pronunciación—añadió la tía.

El niño nos miraba á todos con aire de orgullo y el comerciante se reía hacia adentro y cobraba tres francos y pico por una toquilla que cuesta en Irún siete reales y medio.

* *

Todo el que va á Bayona en clase de *touriste*, visita Biarritz, centro hoy de la gente opulenta.

Suponiendo que los bañistas de allí paguen religiosamente sus gastos, asusta el pensar que en cada billete de cien pesetas pierden cuatro duros; pero en Biarritz, como en Madrid y como en Castellón de la Plana, hay quien vive en grande por poco dinero.

Dígalo si no Florito Melenilla, que ha alquilado un catre y una silla de paja en un piso cuarto, todo por una peseta al mes, y como es el hombre más desahogado que ha nacido, hoy come en una casa, mañana en otra, al día siguiente en otra, y le sale la vida por una friolera.

Florito conoce á muchísima gente y tiene el don de halagar á todos los poderosos y poderosas de Madrid. Cautiva á los hombres hablándoles de su talento y á las mujeres de su hermosura; además, es un chico muy útil, porque toca el piano, hace el tercero en el tresillo, desempeña con rapidez y discreción cualquier encargo y baila el *pas de quatre* de un modo encantador.

De manera que á Florito no le falta nunca casa donde comer, y es tan previsora que, aprovechando cualquier descuido, se guarda en el bolsillo del *smoking*, ya una lonja de jamón, ya un emparedado, ya un trozo de queso, ya un panecillo; y con estas vituallas almuerza en su modestísima alcoba, sentado en el catre, pues la silla de paja la ocupan la palmatoria y un espejo que le sirve para mirarse y embellecerse.

Véase por qué ingenioso medio puede Florito pasar el verano en Biarritz, centro de la sociedad opulenta y emporio del lujo.

Biarritz es un punto encantador... ¡Ay, quién fuera Florito! es decir, ¡ay, quién no tuviera vergüenza!

Luis Taboada.

★

UNA FAMILIA CON RUEDAS

Si esto lees con atención podrás calcular muy bien lo que llama la atención la familia Macarrón donde quiera que la ven.

¡Qué familia más guasona! Por sus dotes especiales para mover los pedales, merece ser *campeona* del mundo y sus arrabales.

Va la familia completa de paseo en bicicleta corriendo á todo correr, cual si tuviera el deber de llegar á alguna meta.

Macarrón avanza más, los otros siguen detrás, y si el jefe se distrae, en cuanto el jefe se cae, se caen todos los demás.

Uno avisa con bocina, otro, que de éste va en pos, toca el pito ó la ocarina, y hay quien lleva un cuerno ó dos casi siempre que camina.

El día seis del corriente los vi en un templo sagrado rezando por un pariente que se había reventado velocipédicamente,

y acabada la oración,
salieron en formación
de aquellas naves *escuetas*,
montando en sus bicicletas
con la mayor devoción.

Caminaban doña Inés
y su marido al vapor,
en un *tándem* superior,
moviendo los cuatro pies
que les ha dado el Señor.

Tras de Inés, con un tremendo
barrigón que al ir corriendo
le sonaba mucho y mal,
corría su reverendo
director espiritual.

Iba, el paso acelerando,
detrás la niña primera,
seguida de su Fernando,
el cual iba procurando
tomarle la delantera.

Marchaba después Fermina
y Cayetana su hermana,
y junto a la caravana

un zángano que se inclina
del lado de Cayetana.

Tras las hermanas mayores
iban dos niños menores
que ellas, y tras de los dos
la cocinera Dolores
atropellándole á Dios.

Corría detrás Venancia,
nodriza de junto al Miño,
que iba con mucha arrogancia
dando de mamar al niño,
que está en la veloz-lactancia,
y por último un trompeta,
que es novio de la nodriza
y la sigue en bicicleta
y hasta el casco se le eriza
cuando el niño pide teta.

Después de esta relación
puedes calcular muy bien
lo que llama la atención
la familia Macarrón
donde quiera que la ven.

Juan Pérez Zúñiga.

Noches de estío.

¿No es verdad que parece éste el título de un tomo de poesías,
con sonetos sugestivos é indigestivos, de mayor ó menor longitud,
quintillas, redondillas, pelotillas, *silbas* y pateos de diversos géne-
ros y ripios?

¡Ah! *Noches de estío.*

Ya verán ustedes cómo me toman el título, ya que no puedan
tomarme el pelo, porque yo no me deje, ó tomarme cualquiera otra
cosa.

«Porque en el gremio de escritores
hay timadores y tomadores.»

Esto es letra de una zarzuela con músicas naturales, que estre-
nará en Madrid una de las compañías del ramo.

¡*Noches de estío!*

Vosotros los que sus vais de Madrid, los que salís y volvéis en
Octubre lavados y frescos lo mismo que las propias rosas, no sabís
lo que es pasar un verano, ó por lo menos este verano, en una
casa no muy grande, pero sí muy poblada de gentes que no salen
de Madrid como no sea conducidos por la guardia civil á los pue-
blos de su naturaleza respectiva, si es que lo saben ó si es que la
tienen.

Sobre mí vive una señora, en el piso segundo, que corresponde
exactamente sobre el mío, mezzo-viuda, porque tiene el esposo, se-
gún ella, en la república de Lima.

La señora se rezuma todos los días y todas las noches.

En el día dos veces, y una á las altas horas, que en mi casa son
los altos hornos.

Se baña dos veces la viuda y arma un pataleo que no parece sino
que hay en su casa fábrica de bólidos.

Otras veces se oye el oleaje provocado por el pataleo y las sacu-
didas de la bañista.

Después el agua derramada se filtra, y cae en menuda lluvia,
«que es la que hace barro», como dice la seguidilla gitana.

Es inútil enviarle recaditos de atención.

—Cada cual en su casa hace lo que mejor le parece—responde
siempre.

En la noche riega las macetas con bomba aspirante é impelente,
según el agua que vierte al castellano sobre las cabezas de partido
de los vecinos.

—¡Eh, señora!—grita uno que, por descuido, está en el balcón á
la hora del bautizo nocturno.—Vea usted cómo riega ó cómo
llueve.

—Perdone usted, vecino. Buenas noches. Usted siempre de
broma.

—¡Señora, por Dios!... Me llega el agua á los huesos catódicos,
apostódicos...

Ella suelta la carcajada y repite en la noche siguiente á la mis-
ma hora.

El inquilino de otro principal, hombre siniestro, bizco de arriba
abajo y viceversa, es decir, que con un ojo mira al suelo y con
otro al planeta Marte, me dijo ayer:

—En cuanto me caiga una gota de agua en la cabeza, saco el re-
vólver y ¡pum! la destapo los sesos.

Como es hombre capaz de cumplir sus palabras, según me ha-
bían informado, avisé á la vecina.

—Ya ve usted—me tenía advertido la portera—ha sido negro en
Cuba y estuvo con Maceo en la manada.

—¿En la manada ó en la manigua?

—Eso, eso.

Mi vecina celebró con «grandes risas» la advertencia.

—Créame usted—le dije, temiendo por su vida, á pesar de lo
que me llueve; porque es una andaluza muy rebuena moza todavía,
á pesar de sus treinta años.

¡Funesta edad de duchas y de baños!

—Mire usted que yo le oigo matar chinches con revólver, al
mismo tiempo que las insulta á voces.

Y ella reía y reía.

Pero anoche, ¡noche horrible! la andaluza se excedió á sí misma
en el riego.

Unas cuantas gotas humedecieron poéticamente la calva del ve-
cino.

¡Ah! Unos segundos después se oyó un disparo de revólver, y
después otro, hasta seis.

Y luego como un cuerpo que «se desploma».

¿Preguntarán ustedes si ha muerto la vecina?

No, no ha muerto: el que amaneció en la casa de Socorro fué
el juez de guardia cuando salió de servicio.

Como que es amigo íntimo de Socorro, mi vecina.

Así dice ella:

—Se ha caído el pirotécnico del principal.

Eduardo de Palacio.

INCONVENIENCIA



—¿Desea usted desde ahora
un compañero de viaje?

—¡Caballero! ¡tal ultraje
para mi pudor...

—¡Señora!
¿el pudor con ese traje?

Los empréstitos.



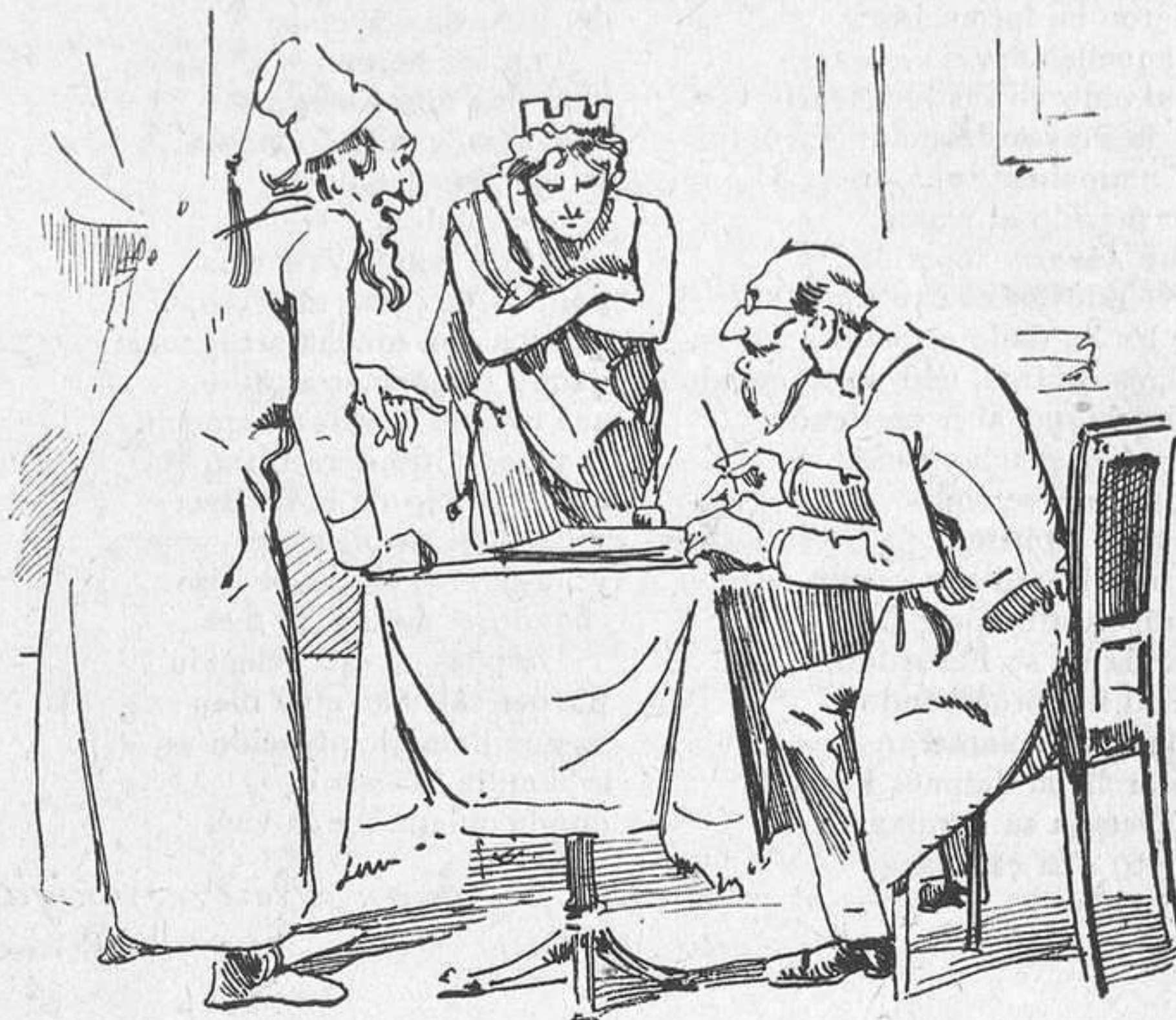
—¿Está el señor Samuel?
—Sí, señora. ¿A quién anuncio?
—A España.



—Usted dirá.
—Pues yo necesitaba cien millones de francos para el mes que viene.
—¡Ay! ¡Cuánto lo siento! ¡No puedo servirle. Tiene usted ya pocas garantías para tanto dinero.



—Pero, en fin, acaso hagamos algo. Yo tengo un amigo que se interesa por usted, y si usted consiente en hipotecar las minas, los bosques, los canales y los ferrocarriles...
—¡Caballero! ¡pero eso es una iniquidad!
—¿Y qué quiere usted que le haga yo, señora? El negocio no tiene entrañas.



—¿Cuánto ponemos?
—Ponga usted como recibidos doscientos millones, á pacto de retro-venta y con el sesenta por ciento de interés anual... ¡No dirá usted que me extra-limitó!



—Vaya usted con Dios, y si alguna otra cosa se le ocurre...



—Ha hecho usted una tontería, madre. Pero no tardaré yo en arreglar todos esos desatinos.
—¿Cómo?
—¡Anda Dios! De una manera muy sencilla. Con el corte de cuentas.

LADRÓN DE LÁGRIMAS

I

No recordaba el infeliz muchacho
ni qué día ni quién,
mostrándole una dama distinguida,
le dijo:—Esa mujer
que indiferente por tu lado pasa,
y que ya te olvidó...
¡Esa... es la madre que te dió la vida
negándote el amor!
Anonadado por el rudo golpe
quedóse el buen Colás...
¡no estalló su alma candorosa y pura
porque pudo llorar!
Mas como ver el rostro de su madre
fué siempre su ilusión,
desvanecida ya la informe nube
del primer estupor,
corrió hacia la mujer, que se alejaba...
¡la quería mirar!
¡y con los ojos la besó en los ojos
por no atreverse á más!
Y sin que su alma noble destilase
una gota de hiel,
como quien reza, murmuró el muchacho:
—Pero ¡qué hermosa es!

II

Algún tiempo después, y desde lejos,
con un ansioso afán
á la mujer á quien quería tanto
contemplaba Colás.
En las pupilas de la hermosa dama,
de un transparente azul,
en sus facciones, en su cuerpo, presa
de extraña laxitud,
notábase la destructora marca
del profundo dolor
que acaso solo de la muerte espera
dichosa conclusión
¡Cómo sufría el desdichado mozo
viendo á su madre así!
—¡Si fuera mío ese dolor—pensaba—
fuera yo más feliz!
Tú me diste la vida, que me pesa,
con disgusto quizás...
¿Por qué al salir de tus entrañas, madre,
no me llevé el pesar?
Vencida al fin por el creciente impulso
de su angustia cruel,
ella dejó... quizás por vez primera,
sus lágrimas correr;
lágrimas que en seguida, avergonzada,
de su rostro enjugó,
en tanto que asomaba á sus mejillas
repentino rubor...
Tras un instante de abstracción profunda,
levantóse por fin,
y el fino lienzo que secó su llanto
dejó olvidado allí...
¡Lágrimas de la madre que adoraba!
¡Hallazgo sin igual!
Sobre el pañuelo abandonado al punto
lanzóse el buen Colás...
¡Ya era suyo! ¡Un tesoro! Férrea mano
el cuello le apretó
y una voz varonil rugió á su oído:
—¡Ah, pícaro ladrón!
La terrible sorpresa del ataque
le impidió protestar...
Tampoco luego defenderse quiso...
¿Ni para qué, además?
¿Cómo decir:—Señor, no fué un pañuelo
lo que quise coger...
¡quise robar el llanto de mi madre!
sin que riera el juez?...
Luis de Ansorena.

Los peligros del mar.



—Aquí no habrá ballenas
ni tiburones,
pero hay chicas que parten
los corazones...
¡Y es una pesca
que anda siempre buscando
la plata fresca!

PALIQUE

Malo es que el pueblo empiece á sacarle cantares á lo de Cuba.
El otro día, en una taberna, con honores de café, cantaba, al son
de la guitarra, un Pitou de patillas y sombrero de círculo máximo:

Vi marchar cien coroneles
y volver cien generales;
todos vienen con la faja
y con la victoria nadie.

Á pesar de la notoria injusticia del cantar, pues el Beránger de
plazuela no se fijaba en que esas fajas que han ganado algunos co-

roneles débenlas á batallas para ellos gloriosas, aunque no de éxito
muy provechoso para el fin que perseguimos (y échale un galgo);
digo que, á pesar de la injusticia, hay en esa queja popular algo
legítimo. No es de buen efecto que estén desembarcando todos los
días generales que dejan *aquello* por *esto* ó por lo *otro* pero que lo
dejan antes de concluir, mucho antes. Además, el periódico oficial
correspondiente viene todos los días lleno de recompensas para los
oficiales que con verdadero heroísmo pelean en Cuba y vierten su
sangre con abundancia que se presta á comentarios tan honrosos
para ellos como alarmantes por otros conceptos. Imposible imagi-
nar cosa más justa que esas recompensas; pero tal vez sería de me-
jor efecto que, asegurados tales premios para tranquilidad de los
que los ganan, y asegurados aunque hubiera que acumular varios
en una sola persona, la publicidad de tanta y tanta medida de ca-

rácter personal y remuneratorio se dilatase, por lo general, no siempre, hasta que pudiera responder, no sólo al mérito individual, sino, con más trascendental armonía, á los satisfactorios resultados de una campaña definitiva.

Tal como se hacen las cosas, parece, y no es, pero sí parece, que se cumple en cada caso una especie de contrato particular en que el oficial pone el heroísmo, sus heridas, su valentía, y el Gobierno le tiene que pagar inmediatamente con cosa que valga dinero las más veces, y otras con honores. La historia del mundo es ya muy larga; el que más y el que menos ha leído muchas crónicas de muchas guerras antiguas y modernas, y en las campañas duraderas (como eran muchas veces las antiguas, no las modernas), mientras el resultado que importaba tanto á la patria no se veía, escaseaban mucho más las licencias temporales de los caudillos, y no abundaban tanto los decretos de recompensas, que no estaban olvidadas y que á su tiempo venían. A veces, por circunstancias especiales, hasta perturba el buen orden, y daña á la eficacia del esfuerzo, el cambio de empleo de este ó el otro jefe que, si por su nueva graduación tiene que pasar á funciones diferentes acaso, nos hace perder una singular aptitud y el caudal de una rica experiencia que se aprovechaban mientras era, v. gr... coronel, pero que ya no podremos utilizar en el general que tiene otras ocupaciones, que tal vez no domine tan cumplidamente.

Cuando hay un propósito común, superior, como lo hay en la guerra, las consideraciones personales, por legítimas que sean, en su orden, tienen que posponerse á la conveniencia principal, común, impersonal.

Es desconocer el patriotismo de nuestra oficialidad, verdaderamente excepcional, *salud y gloria nuestra*, pensar, como parece que piensa el Gobierno, que tiene que ir siempre la soga tras el caldero, el grado ó la cruz pensionada, á los pocos días de la hazaña; y esto, en una guerra como la de Cuba, que recuerda las antiguas luchas épicas, el constante *corpo á cuerpo*; de esfuerzo individual; en la que abundan las lides singulares y los actos distinguidos, singulares también.

Otra consideración aconseja cierta parsimonia; y es la de que con la tropa, no menos heroica, ni de otra manera, no cabe un sistema de recompensas, ó por lo menos no lo hay, positivamente análogo.

Nada de esto se arregla con decir, v. gr. que si vuelven muchos generales y no vuelven soldados es porque aquéllos son más viejos, más sujetos á los peligros de la enfermedad, etc., etc. En cambio, se puede contestar, la vida del soldado está más expuesta á los contagios, á los males que vienen de peor alimentación, servicio más expuesto á los accidentes meteorológicos, de más fatiga, etc., etc. En fin, es probable que la mayor parte de los soldados quisieran trocar su destino y la exposición en que están por el destino y los riesgos de los generales.

Además, no se olvide que los jefes y oficiales, en la guerra, están siguiendo una carrera, y el soldado no, fuera de esas excepciones raras de los que llevan la faja en la mochila. Son muy pocos.

En fin, yo creo que debe evitarse en lo posible ciertas cosas, de las que no se puede hablar con más claridad, porque lo principal es que todos nuestros bravos defensores, jefes, oficiales y soldados, vean detrás de sí una España que les admira, les agradece su esfuerzo, y sabrá mostrarse menos olvidadiza que otras veces. Respecto de la tropa, principalmente.

Á quien se debía mandar á Cuba, en calidad de voluntarios á regañadientes, es á los arbitristas que en cafés, clubs y congresos, casas de baños y senados, plazas de toros y ministerios, tienen en cada dedo un plan para *arreglar aquello*; y que no lo arreglan, ni van siquiera á ver cómo está la cosa.

Cuando el majo de autos cantaba la copla de que va hecho mérito, otro patriota, éste político principalmente, le interrumpió cantando esto otro:

España vence á cualquiera
cuando se la deja sola...
Españoles á las armas,
cortesanos á Bayona.

Y entonces un torero, el arbitrista de la reunión, gritó: —Esas son pamplinas; ni solos ni acompañados, ni sin rey ni sin Roque podemos hacer lo imposible. La solución es esta: se les dice á los insurrectos, bien claro, para que lo entiendan: —Si en el término de treinta días no habéis depuesto las armas, vendemos la isla á los yankees y dejamos pueblos, trochas, fuertes, etc., etc., en poder de fuerzas norteamericanas para que sepais lo que es bueno.

—¿Y si no hacen caso? preguntó el de la copla primera, comiéndose con los ojos al arbitrista. El cual, por prudencia, se calló la respuesta; sin duda porque el *auditorio no estaba preparado para oír ciertas cosas*.

Sí, no hay que ocultarlo. Ahora no es como cuando los moros. Ahora hay arbitristas así, del género *positivista*, dicen ellos; arbitristas utilitarios; que no hablan más que de lo que perdemos en papel ó en oro. Patrioteros sigue habiendo muchos, como siempre; pero antes no había más que patrioteros, entre las calamidades públicas de esta clase; ahora hay el vulgo desengañado, que declara que no cree en idealismos y se alegra de que no parezcan voluntarios, porque así le dan *la razón á él*. Averiguar si es muy crecido el número de estos *cosmopolitas* que no ven en todo más que entreses y que no creen en *idealismos mandados recoger*, es un dato

estadístico que podría convenirles mucho al Gobierno, y al país, para saber con qué fuerzas puede contar.

Oigase, para ir recogiendo *documentos*, no á los oradores públicos, sino á los *privados*: v. gr., á los padres de la patria, no en el salón de sesiones, sino en el de conferencias.

Porque no basta repetir: España es hoy la de siempre.

Eso hay que verlo.

Hay que ver si tantos toros, tanto *sport* inútil, tanta superficialidad y escepticismo de café y taberna, tanta indiferencia para el bien público, tanta colaboración en irregularidades administrativas, han viciado ó no un poco la sangre de esta raza de héroes, mártires... y no poca gente perdida.

Clarín.

Á GEDEÓN

Problema: El de *marras*.

Supongamos que es inglés,
político y popular,
y que no le hacemos par,
sino otra cosa: ¿cuál es?

★

Á TODC HAY QUIEN GANE

...y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las hierbas que él arrojó.

CALDERÓN

Entre las cuatro paredes
de una alcoba semirregia,
y en blando lecho de plumas
descansando á pierna suelta,
un mimado por la suerte
que oye zumbir allá fuera
los medrosos y terribles
rumores de la tormenta,
instintivamente goza
del contraste, pero piensa
en el infeliz vecino
de la guardilla trastera.

—¡Mal estarán allá arriba
(se dice) oyendo tan cerca
los truenos, y el duro azote
del chaparrón en las tejas!
El agua y el viento, libres
entrarán... por donde quieran
y crujirán las ventanas
y rechinarán las puertas
como si todos los diablos,
con sus tridentes, vinieran
á llevarse á los que duermen
entre unas sábanas viejas.—

Y asustado y encogido
con tan lúgubres ideas
se arregla el embozo, apaga
la luz y da media vuelta.

Allá arriba, acurrucado
sobre un catre de tijera,
mal envuelto en una manta
que más que abrigar crea,
procura atrapar el sueño
que ha de reparar sus fuerzas
el desdichado inquilino

de tan mezquina vivienda.

—¡Bonita noche, recontra!
(dice para su chaqueta,
que tiene, haciendo el oficio
de edredón, sobre las piernas).
Aquí se está ricamente;
pero janda, que los que tengan
que dormir en el arroyo
no la pasarán muy buena!

Un muchachuelo, tapado
con una blusa mugrienta,
y harto de gritar en balde
Heraldoooo... Correspondenciaaaa...
se va quedando dormido
junto al quicio de una puerta,
donde le brindan los hados
húmedo colchón de piedra.

—¡Mecachis! ¡cheche usté ruido!
¡Cómo llueve y cómo truena!
(dice á media voz el *golfo*).
¡En el cielo están de juerga!
¡Mia tú que el que ande á estas horas
perdido por esas breñas
de Dios, y guardando vacas,
¡as estará viendo negras!

Y un pastorcillo, en el monte,
mientras el viento en la selva
descuaja robles, dormita
guarecido entre unas peñas
mirando al mar, que allá lejos
alborotado se encrespa,
y piensa: —¡Redíos! ¡qué noche
para los barcos de pesca!

Sinesio Delgado.

★

Menudencias.

¡Mire usted que es singular
que, si se va á preguntar
lo que tiene á don Elías,
siempre suele contestar:
—Acedías, hace días!...

Nunca digas que te he dado
palabra de casamiento,
que si mi mujer se entera
¡no me arma chico jaleo!

Federico Canalejas.

ESPAÑA CÓMICA.



Al entrar en la diligencia en Calatayud.

Al salir de la diligencia en Teruel.



Los amantes de Teruel... modernos.



¡Adiós, tú!

El trigo va este año mucho bien.



Música italiana en el café de la Concordia.



El pendón del Corpus.

Si Marsilla é Isabel pueden ver su mala estrella, dirán de fijo ella y él:
—¡Dios mío! ¡Y ésta es aquélla!
—¡Santo Dios! ¡Y ésta es aquélla!

Mercado de leña en la plaza de Emilio Castelar.

CHISMES Y CUENTOS.

Pues señor, no tengo más remedio que hacerme cargo de un lacrimoso artículo de mi simpático colega *La Correspondencia*, no por lo que es en sí, ¡ay! sino porque condensa las opiniones pesimistas del presidente del Consejo y parece inspirado por el propio Cánovas.

Ello se titula *La hora suprema*, lo cual basta para poner los pelos de punta.

Y la hora suprema, como ustedes comprenderán, es ésta en que estamos.

Oficialmente se ha declarado que dentro de poco no vamos á poder sostener la guerra en Cuba... si no se le dan al Gobierno amplias facultades para disponer del crédito nacional á su antojo y hacer mangas y capirotes de lo poquísimo que nos queda.

En el artículo se echan cuentas, ¡cuentas tristes! para venir á confesar, ni más ni menos que en los discursos gubernamentales de las Cámaras, que estamos al borde del abismo.

Y si estaremos, pero ¿no les parece á ustedes que es una imprudencia decirselo á las naciones extranjeras y á los filibusteros de la manigua?

El artículo ministerial termina así:

«Es la hora de las grandes abnegaciones...»

¡Ah! pero ¿son pequeñas las realizadas hasta la fecha?

Yo hubiera empezado el párrafo de otro modo: «Es la hora de las grandes explicaciones...»

Porque, efectivamente, es de suponer que alguien haya tenido la culpa de que resulten estériles los inmensos sacrificios de la patria y de que la insurrección siga boyante á pesar de haber lanzado sobre ella millares de hombres y millones de duros. Y parecía lógico que antes de avisarnos la ruina inminente si no nos entregamos en manos de Rothschild, de las Compañías de ferrocarriles y de la Tabacalera, nos explicaran el por qué se ha llegado á tal extremo, y quién es el responsable de ineptitud tan manifiesta.

Porque, la verdad, nos está chocando mucho á los simples mortales que todos los sacrificios que se nos exigen sean los últimos, que vuelvan los generales á los dos meses de entrar en campaña sin más razón que porque así les place, que anden atrasadas las pagas de la gente menuda mientras el ministro del ramo dice que emplea perfecta y equitativamente los créditos, que nadie haya vuelto á decir palabra de aquella escuadra que se compró á peso de oro, y en cambio se publiquen tranquilamente las noticias de esas expediciones regulares del *Laurada* (que parece un vapor correo que sigue su ruta sin obstáculos), que mientras los subalternos y la tropa se batan heroicamente á diario, los jefes superiores parezcan prescindir de la guerra y atender exclusivamente á sus quisquillas personales... Y, en fin, otra porción de cosas por el estilo.

Sigamos:

«Es la hora de las grandes abnegaciones, así para el Gobierno como para todos los partidos, y si se vuelve la espalda á ese camino, enfrente de las terribles complicaciones que nos cercan, tendríamos que escribir con suprema angustia el lema aterrador: *Finis Hispania*.»

¡Andal! ¡pues no ha dicho usted nada!

¡*Finis Hispania*!

Cien hombres y una peña nos quedaron de la patria en Covadonga y no se escribió eso.

¡Y lo vamos á escribir ahora porque Sagasta se empeñe en no salir de Ávila hasta ver si cuela eso de los ferrocarriles y Cánovas pinte la situación con negros colores para demostrar que los judíos deben continuar quedándose con Almadén *[per sæcula sæculorum]*!

¡Vaya! no es para tanto.

¿Quiere usted apostar á que, en cuanto se aprueben todos esos proyectos desastrosos, el Gobierno vuelve á decirnos que todo está como una balsa de aceite, y que la guerra es cosa de cuatro días?

El sistema empleado para adquirir barcos, ante la posibilidad de graves complicaciones (que ya debieron sobrevenir hace un año y nos hubiéramos evitado muchas lilailas), no puede ser más gracioso.

El ministro empieza por decir *urbi et orbe*:

—Señores, necesitamos buques á toda costa y no habrá más remedio que pagarlos á lo que pidan.

Y en seguida va y entabla las negociaciones correspondientes.

Que es como si usted entra en un comercio y dice al encargado del despacho:

—Mire usted, yo tengo que llevar ahora mismo y cueste lo que cueste esta pieza de percalina. ¿Cuánto me va usted á llevar por ella?

Necio será el comerciante
(y no hay ninguno tan necio)
que no exija doble precio...
y el dinero por delante.

Según se desprende de los textos que han visto la luz pública estos días, el Gobierno acordó dirigir un *Memorandum* á las potencias exponiendo nuestra situación en Cuba, quejándose discretamente (¡y cómo no!) de la conducta de los Estados Unidos, suplicando el apoyo moral contra aquellas hordas de salvajes y recabando nuestra libertad de acción para acabar la guerra.

El *Memorandum* se conservó secreto, pero no tanto que algunos corresponsales extranjeros no pudieran telegrafiar á sus periódicos un extracto.

Pues bien, en cuanto el respetable Mr. Taylor se enteró de la cosa se dirigió á nuestro habilísimo ministro de Estado y tuvo con él una conferencia, un tanto viva según los diarios de oposición, cordialísima, amistosísi-

ma y cariñosísima según los ministeriales, y el resultado de la conversación fué... «aplazar por ahora el envío de dicha nota diplomática».

No hay que hacer comentarios.

Esto no es *finis Hispania*, como dijo el otro, es *finis*... otra cosa.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un positivista.—No está mal á ratos el romance, pero en el asunto y en algunas otras cosillas... *dormitat Homerus*.

Sr. D. V. P.—Los *suspiros* son demasiado tristes y un tantico cursis. Ah! y tenga usted cuidado con las asonancias.

Don Diego de noche.—Hay algunas cosas aprovechables para *Chismes y cuentos*. Mándelas de nuevo firmadas, si gusta.

Sr. D. F. R. S.—En las seguidillas hay algunos defectos de forma, y falta absoluta de novedad en el asunto.

Unos vecinos.—¡Cristo! pero ¿todavía hay quien haga versos en son de queja á la vecina que toca el piano? ¡Parece mentir!

M. U. A.—¡Hola, hola! Recuerdo esas iniciales. Respecto á su consulta debo decirle que piense detenidamente el plan, sitio de la acción, caracteres de los personajes y el final. ¡El final sobre todo! Porque ahí es donde suelen naufragar las obras. Y ya veremos en la temporada próxima.

Sr. D. A. G. A.—Inocentes, defectuosos y... vamos, que no parecen cantares propiamente dichos.

Palitroque.—La medida está bien. El asunto no es interesante más que para ella, si acaso.

K. Labaza.—Allá va un cacho:

«De mi madre moribunda
oí yo cierto día:
no sigas, no, la vía
que guía al deshonor.
Si sigues la virtud
de flor está sembrada
de emblema coronada
envuelta en el amor.»

¿Es usted americano, verdad? Pues no pierda usted las esperanzas; ¡puede que eso le guste á D. Juan Valera, nada menos!

El gato blanco.—Aprovecharé, si Dios quiere, una menudencia de ésas.

Un poeta que empieza.—Sí, señor, sí; voy á publicar éstas también. ¡No faltaba más!

«SEGUIDILLA.

Cuando te vi la vez primera
Salomé de mi bida,
Te quise niña distinguida
Cual si hubiera sido la postrera.
Es decir
Te adoré
Te confesé
mi amor
Que
Desde un principio
grande fué,
Salomé.»

¡Anda salero! ¡Eche usted otra!

El joven Telémaco.—Hay alguna cosilla de esas que pudiera servir li-mándola un poco. Pero es tan poco que no vale la pena de pedirle la firma.

Un alguacil.—El asunto del soneto es el mismo de un artículo de un servidor de usted, publicado en este mismo semanario humilde. Una advertencia: *ebria* no se escribe con hache.

Sr. D. J. R. P.—Regularmente versificada, pero muy vulgar y manoseado el asunto.

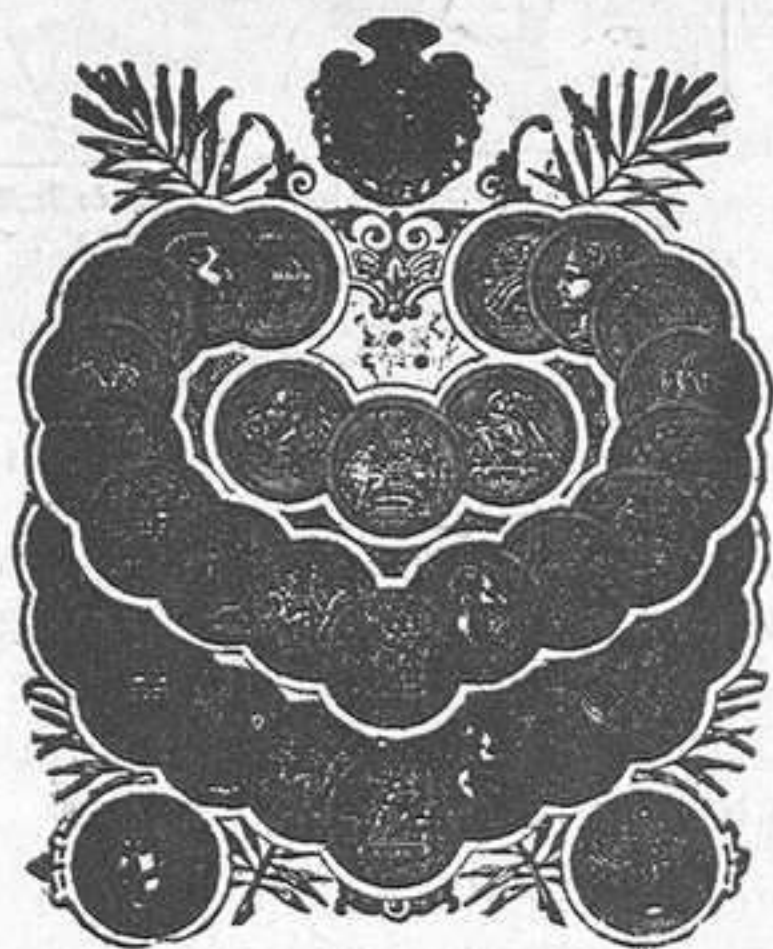
Cristin.—Demasiado seria. De los pies quebrados de cada estrofa el primero suena mal, porque debe ser de la misma medida que el segundo.

El tranquilo.—Hombre, el periódico es humorístico á todo tirar, y por consiguiente no caben en él versos dedicados á la muerte de nadie.

Cananeo.—Lo que me parece para un abanico es fuerte, y un poquito atentatoria al pudor. Porque no se debe hablar á una muchacha de *erotismo* ni de deliquios amorosos...

Sr. D. D. L.—Ambas son endeble. Descuida usted demasiado la forma y hay una de asonancias que enciende el pelo.

NOTA. Quedan más de cincuenta cartas sin contestación por falta de espacio. Otra vez será.



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS

ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA

VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES

(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 26 dup.º